



# María Julia, nuestra defensora de siempre

**David  
Morales\***

El 30 de marzo de 2008 se cumplió un año de la muerte de una de las más importantes defensoras de los derechos humanos en El Salvador, la doctora María Julia Hernández, directora de Tutela Legal del Arzobispado de San Salvador. La doctora Hernández fue impulsora, ante el Sistema Interamericano de Protección de los Derechos Humanos, de casos como el magnicidio de monseñor Oscar Arnulfo Romero y la masacre de El Mozote, en conjunto con el Centro de Justicia y Derecho Internacional (CEJIL). El autor, quien fue abogado de Tutela Legal, comparte la experiencia de conversaciones con María Julia en 2005, recreando el escenario de sus viajes hacia la comunidad de El Mozote. Asimismo, rememora las narraciones de la gran defensora sobre importantes acontecimientos relacionados a su lucha y a la vida de reconocidos pastores de la dignidad como lo fueron monseñor Oscar Romero y los sacerdotes jesuitas de la Universidad Centroamericana (UCA). El autor también recuerda el proceso de construcción de la paz en El Salvador, impulsado inicialmente por monseñor Arturo Rivera, fundador de Tutela Legal. Este es un homenaje a la obra y legado de María Julia Hernández, admirable defensora de los derechos humanos en nuestro continente, a un año de su ausencia física.

**Palabras claves:** Palabras claves: Tutela Legal del Arzobispado, magnicidio de monseñor Oscar Arnulfo Romero, masacre de El Mozote, Universidad Centroamericana (UCA), defensora del pueblo.

**A**ño 2005. Viajamos hacia la zona de la masacre de El Mozote, en el departamento de Morazán, situado al extremo oriente del territorio salvadoreño: tres horas y media de camino. María Julia Hernández, directora de Tutela Legal del Arzobispado, recuerda con luminosa sencillez sucesos inmensos.

Muy devota, católica ejemplar y académica, durante los años setentas, María Julia fue alumna en Filosofía de los más brillantes sacerdotes jesuitas radicados en El Salvador, donde habían fundado la Universidad Centroamericana (UCA). Ignacio Ellacuría, rector de esa Universidad, era uno de sus maestros y amigo cercano.

Avanzada la década, el país se convulsionaba con la crisis social y política que desencadenó la guerra civil. Los ideales de cambio, los movimientos revoluciona-

rios, el surgimiento de las guerrillas, la salvaje represión del Estado, y la Iglesia comprometida con los pobres y perseguidos, eran la constante de la época.

María Julia buscaba entonces "lo suyo", su causa en medio de aquella vorágine. La doctora rechazó la oferta de organizarse en los grupos revolucionarios en desarrollo, a diferencia de muchos de sus discípulos, de los cuales algunos llegaron a ser dirigentes guerrilleros y murieron en el curso de la guerra.

Monseñor Oscar Romero hizo entonces un llamamiento al sector universitario y de profesionales para que lo ayudaran en su causa de defender a la población y a las víctimas de la masiva violencia política. María Julia acudió y acompañó los tres años del apostolado de Monseñor al frente del Arzobispado de San Salvador. De ese primer encuentro histórico recordaba: "Lo que más me

\* Este testimonio fue escrito por David Morales, abogado salvadoreño. Correo electrónico: [davidemoracruz@yahoo.com](mailto:davidemoracruz@yahoo.com). Durante varios años trabajó en la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado de San Salvador junto a María Julia Hernández. Actualmente es miembro de la Fundación de Estudios para la Aplicación del Derecho.

impresionó, cuando lo conocí [a monseñor Romero], fue la profunda sencillez de aquel hombre, la humildad con la cual nos pidió ayudarlo”.

Mientras viajamos, aunque con voz serena, los recuerdos la llenaban de energía y emociones al hablar... los sobrevivientes de la masacre de El Mozote nos aguardaban. El camino se llena de historias terribles, pero también hermosas; son historias de lucha por la dignidad humana en El Salvador, luchas de la Iglesia y del pueblo.

Su primera misión ante monseñor Romero fue la elaboración de un proyecto urgente. Se buscaba el financiamiento para reconstruir la recién dinamitada radio del Arzobispado, la legendaria YSAX. Cuando finalizó el proyecto, ella buscó con urgencia a monseñor Romero para su aprobación. Lo encontró en una zona rural, junto a los pobres, los elegidos de Jesús. Se sorprendió cuando Monseñor reaccionó airado: cuando se encontraba con su gente pobre y campesina, del pueblo, no admitía Monseñor ninguna interrupción. Mientras María Julia se retiraba, apenada, Monseñor la llamó junto a otra colaboradora que la acompañaba y las invitó dulcemente a compartir los alimentos sencillos preparados con amor.

No puedo evitar hablar sobre la muerte de monseñor Romero y le pregunto:

—María Julia, he sabido que monseñor Romero escuchaba atentamente a sus sacerdotes sobre el contenido que proyectaba dar a sus homilias antes de pronunciarlas, ¿cuál fue la experiencia previa a la famosa homilía del 23 de marzo?

—Recuerdo que yo estaba allí, en el Arzobispado antes de ese día —me dice ella—, de pronto, se presentaron Ignacio Ellacuría y Jon Cortina. Ambos entraron a una reunión con Monseñor en privado para hablar del tema.

¿Qué histórica conversación habrá tenido lugar entre estos tres grandes hombres, antes de la homilía del 23 de marzo de 1980, que tan profundamente marcaría la vida del pueblo salvadoreño?

Me vino a la memoria una conversación anterior con el padre Jon Cortina, sobreviviente de la masacre de la UCA y fundador de la Asociación Pro Búsqueda de Niños y

Niños Desaparecidos. Me narraba el padre Jon el momento en el cual escuchó la homilía del 23 de marzo. Recordaba que caminaba en una zona rural y escuchaba la homilía en un pequeño radio de transistores. “En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben tumultuosos hasta el cielo, les ruego, les suplico, ¡les ordeno! ¡En nombre de Dios, cese la represión!”. Un fuerte escalofrío recorrió el cuerpo entero del padre Jon, quien tuvo entonces la certeza y el temor profundo de que el asesinato de Monseñor era inminente.

Cuando María Julia recibió la noticia del magnicidio de monseñor Romero, se encontraba precisamente transcribiendo la homilía del 23 de marzo. María Julia fue la tenaz impulsora de la grabación y transcripción de las homilias de monseñor Romero que se han proyectado con indudable vigencia hasta nuestros días. Me cuenta algunos detalles de aquel momento terrible: el profundo dolor, el trayecto al hospital y el traslado del cadáver a la Catedral de San Salvador.

---

**Cuando María Julia recibió la noticia del magnicidio de monseñor Romero, se encontraba precisamente transcribiendo la homilía del 23 de marzo. María Julia fue la tenaz impulsora de la grabación y transcripción de las homilias de monseñor Romero que se han proyectado con indudable vigencia hasta nuestros días.**

---



Después, la narración de María Julia cobra mayor fuerza cuando refiere los sucesos del 30 de marzo de 1980, frente a la catedral. En tal día y lugar, se realizaban las exequias de monseñor Romero, cuando un ataque armado contra la multitud provocó una matanza. María Julia fallecerá también, coincidentemente, un 30 de marzo, veintisiete años después.

Me relata que un anhelo suyo muy grande era “cargar el cuerpo de Monseñor”. Pero eso no era posible; ese privilegio se lo disputaron muchos y María Julia tenía desventajas: la prioridad era de los sacerdotes y los seminaristas; además, “era mujer” y pequeña de estatura.



La discriminación contra la mujer era todavía más fuerte en esos días y solamente se permitió cargar el cuerpo a sacerdotes.

La misa comenzó con una multitud de decenas de miles de fieles en la plaza Gerardo Barrios, frente a la Catedral Metropolitana; había grandes personalidades oficiando, incluso un cardenal. María Julia hizo lo posible por estar cerca del cuerpo. Existe una foto muy conmovedora para mí: María Julia totalmente vestida de negro, muy joven, junto al ataúd de monseñor Romero, rígida, triste, firme.



**Se realizaban las exequias de monseñor Romero, cuando un ataque armado contra la multitud provocó una matanza. María Julia fallecerá también, coincidentemente, un 30 de marzo, veintisiete años después.**

Se inició la masacre contra la multitud. Bombas, disparos, la avalancha de personas, la misa interrumpida y los muertos. María Julia me narró que la cerca de metal de la catedral estaba cerrada y se miraba la multitud como un oleaje que iba y venía, tratando de romper la cerca para entrar en la catedral y salvar sus vidas. Se corría el riesgo de que todos los oficiantes y partícipes de la misa fueran aplastados si la multitud vencía la cerca. Todos se refugiaron dentro de la catedral, incluso el cardenal, por supuesto, pero no María Julia. Ella siguió allí. Había jurado ante el cadáver de monseñor Romero que no se separaría de su lado hasta consumir la cristiana sepultura. Todos los hombres, sacerdotes, seminaristas y personalidades huyeron al interior de la catedral.

Solo María Julia se quedó de pie frente al cadáver, preguntándose qué hacer, sola, para salvar el cuerpo de monseñor Romero. De pronto, la voz salvadora del padre Paredes: "¡El cadáver!", y dos o tres seminaristas llegaron a mover el cuerpo y evitar su aplastamiento. María Julia, junto a los seminaristas, cargó el ataúd y lo llevaron hacia adentro: "Se me concedió cargar el cuerpo", me dijo,

riendo, conocedora del favor de Dios de permitirle auxiliar el traslado del santo a su sepulcro.

En medio de la masacre, María Julia había tenido por añadidura otra preocupación abrumadora: la suerte de su hermana Gloria, a quien sabía en medio de la plaza. A pesar de esa situación no se separó del cadáver hasta que los albañiles terminaron su trabajo de sepultarlo. Cumplió fielmente la promesa que hizo a Monseñor de no separarse de su lado hasta que descansara en la sepultura. Afortunadamente, Gloria Hernández logró salvar su vida en este incidente histórico.

Durante las horas siguientes, María Julia dedicó sus esfuerzos a auxiliar a las víctimas atrapadas en la catedral y luego a las familias que buscaban a sus seres queridos entre los cadáveres dentro del templo. Contaba María Julia que la multitud era tanta y el calor tan abrumador, que los hombres se quitaban sus camisas y las hacían girar en el aire como ventiladores.

Es inevitable en este punto interrumpir la narración de María Julia y volar, con mis pensamientos, a la fundación de Tutela Legal del Arzobispado y sus vicisitudes. Sin duda, Tutela Legal es la mayor obra de María Julia.

Monseñor Arturo Rivera, bien llamado el "artesano de la paz" en El Salvador, es el fundador de la Oficina de Tutela Legal. Esta iniciativa ha sido expresión del trabajo de la Iglesia por la defensa de la vida y la dignidad humana, atropellada masivamente en nuestro país durante la guerra civil. Monseñor Ricardo Urioste tuvo el histórico tino de proponer a María Julia como directora, cargo en el que se desempeñó durante 26 años, hasta su muerte.

Doña Soledad ("la Niña Sole"), antigua empleada del Arzobispado desde la época de monseñor Romero, durante las exequias de María Julia recordó entre lágrimas cómo esta inició el trabajo de Tutela Legal sin recursos, bajo un palo de mango en el patio, así como sus noches durmiendo en el suelo de la radio YSAX y colaborando con monseñor Romero en la difusión de la verdad.

Monseñor Arturo Rivera fue el más digno sucesor de monseñor Romero que pudimos tener. Comprometido con los pobres, luchador contra la injusticia y defensor de la verdad. Creó la pastoral de los derechos humanos, enfocada al acompañamiento a las víctimas y al cambio

David Morales

social. Tuvo, para bien de nuestro pueblo, éxito en este proyecto humanista, gracias a la designación de María Julia como directora de Tutela Legal.

Las historias de María Julia en la defensa de los derechos humanos eran sorprendentes. Durante la “tierra arrasada”, la estrategia militar de exterminio humano en zonas rurales, las comunidades desarrollaron mecanismos de aviso y evacuación inmediata de sus hogares ante los operativos militares. María Julia nos narraba el horror de esa forma de persecución: “Llegábamos a investigar y encontramos las comunidades como pueblos fantasmas, inhabitados, pero el café caliente en las cocinas, el chorro de agua cayendo, las casas abiertas, pero ninguna persona, solo el silencio, pueblos fantasmas”. Creo que esta tragedia del pueblo marcó profundamente a María Julia tanto como el propio martirio de monseñor Romero.

La investigación de Tutela Legal en el terreno sobre la masacre de San Francisco Echeverría, en 1984, en donde la crueldad de las Fuerzas Armadas llegó al extremo de quemar vivos a niños lesionados, es uno de los ejemplos de lucha por la verdad más impresionantes de nuestro país. El informe sobre esta masacre fue publicado por la UCA en aquella época. También me narró María Julia, con la satisfacción del deber cumplido, su encuentro con la dirigente de la guerrilla Nidia Díaz, quien había sido herida y torturada, y se encontraba desaparecida en un cuerpo de policía. Gestiones de monseñor Rivera permitieron que su delegada, María Julia, la visitara. Los militares le prohibieron acercarse y hablarle, solo debía verla desde cierta distancia y por unos segundos, porque la mantenían aún “bajo interrogatorio”. Cuando María Julia la vio, torturada (quizá con la certidumbre de que la matarían), gritó: “¡Nidia! ¡Monseñor Rivera sabe ti!”. Nidia supo probablemente entonces que no estaba sola, que quizá no desaparecería, situación que debió darle esperanza y desarmó a sus torturadores. En esa ocasión, María Julia se retiró bajo los reclamos y las amenazas de los militares.

No son pocas las personas que aseguran que María Julia les salvó la vida, pues las localizó cuando se encontraban detenidas y abogó por ellas, superando el riesgo inminente de que esas víctimas estuvieran desaparecidas y asesinadas. También muchos relatan que los auxilió en

momentos de la más aflictiva persecución y que por esa razón su intervención los había salvado.

Meses antes de su muerte, acompañé a María Julia a una actividad en conmemoración de los Acuerdos de Paz, que tenía lugar en San Antonio Los Ranchos, en Chalatenango. Describió el impresionante papel de monseñor Rivera en los diálogos por la paz a partir del llamado del Papa Juan Pablo II para buscar la paz en El Salvador. María Julia citó documentos históricos en esa ocasión, destacó el papel de la Iglesia y especialmente del Arzobispado en los esfuerzos de paz de la década de los ochentas y nos regaló un precioso testimonio de su participación personal en los esfuerzos por concretarlos, que incluyó el acompañamiento personal que dio a líderes de la guerrilla que se trasladaban a los encuentros, bajo el riesgo de sufrir un atentado.

---

**Doña Soledad (“la Niña Sole”), antigua empleada del Arzobispado desde la época de monseñor Romero, durante las exequias de María Julia recordó entre lágrimas cómo esta inició el trabajo de Tutela Legal sin recursos, bajo un palo de mango en el patio, así como sus noches durmiendo en el suelo de la radio YSAX y colaborando con monseñor Romero en la difusión de la verdad.**

---

Mi experiencia en Tutela Legal fue la de María Julia asignándome tareas muy demandantes pero profundamente humanas, en atención de las víctimas de las masacres cometidas por el Ejército durante la guerra, especialmente en los casos de las masacres de El Mozote y El Sumpul.

María Julia, a caballo, en los más inhóspitos lugares y montañas, recorriendo las zonas de las masacres para inspeccionarlas, son imágenes inseparables de nuestros recuerdos que se han registrado también en hermosas fotografías, hoy exhibidas al público por Tutela Legal del Arzobispado.



Indudablemente, todas estas experiencias me han revelado que María Julia fue una ejemplar seguidora de Jesús de Nazareth y también de monseñor Romero, el apóstol de las mayorías desposeídas; también fiel seguidora de monseñor Arturo Rivera Damas, el defensor de las víctimas de la guerra, junto a monseñor Gregorio Rosa Chávez, obispo auxiliar de San Salvador hasta hoy.

Pero aún estamos en camino a Morazán y El Mozote. Es el año 2005, junto a María Julia. . . Seguramente tendremos un encuentro también con Rogelio Poncele, el legendario sacerdote belga que acompañó a nuestro pueblo en las zonas de guerra de ese departamento. María Julia recuerda entonces, con emoción, el caso del asesinato de los sacerdotes jesuitas de la UCA.



**“Llegábamos a investigar y encontrábamos las comunidades como pueblos fantasmas, inhabitados, pero el café caliente en las cocinas, el chorro de agua cayendo, las casas abiertas, pero ninguna persona, solo el silencio, pueblos fantasmas”.**

Era la ofensiva guerrillera de 1989. Las principales ciudades del país, incluida la capital, San Salvador, habían sido cercadas por los ejércitos guerrilleros. Las Fuerzas Armadas del Gobierno habían decidido utilizar el bombardeo y ametrallamiento aéreo sobre zonas densamente pobladas. María Julia, trabajadora incansable, inquebrantable, se ha presentado al Arzobispado. Monseñor Rivera le ha pedido auxiliar a un grupo de alumnos y profesores quienes se encuentran atrapados en los enfrentamientos en el poblado metropolitano de Ciudad Delgado. Fue María Julia y cruzó la zona de combates para cumplir con su deber. El grupo había sido evacuado pocos minutos antes y María Julia debió regresar, otra vez bajo las balas de los enfrentamientos.

Cuando recién iniciaba la ofensiva, María Julia debió contactar a alguien en un hotel de la capital. Allí observó a un líder religioso en evidente estado de nerviosismo por la situación, quien era acompañado de numerosos extranjeros y se aprestaba a salir del país, a fin de preservar

su vida. Por el contrario, al volver al Arzobispado vio la escena de monseñor Rivera en movimiento febril, dando órdenes, despachando alimentos y medicinas a zonas afectadas, organizando equipos de auxilio y atención a la población. Fue inevitable que realizara comparaciones y no pudo menos que sentir admiración por la fuerza de ese pastor, en medio de la crisis, al servicio de su rebaño a pesar de los peligros.

Lo más devastador del momento fue la noticia del asesinato de los jesuitas. Durante la ofensiva, María Julia debía quedarse en las noches en las oficinas del Arzobispado, si las exigencias del trabajo le llevaban más allá de la hora señalada para el “toque de queda”. No recuerdo con claridad si esta fue la situación en la fecha de la masacre de la UCA; pero sí recuerdo su afirmación de que temprano por la mañana, ese 16 de noviembre de 1989, se encontraba en el Arzobispado cuando monseñor Rivera recibió la noticia. Todos se conmovieron.

María Julia, junto a monseñor Rivera y monseñor Rosa Chávez, en el mismo automóvil, se dirigieron a la UCA. En el camino, monseñor Rivera les pidió rezar. En medio del rosario, monseñor Rivera interrumpió y exclamó: “¡No saben con quién se han metido!”, en un arranque de indignación. Después continuó rezando. Los monseñores y María Julia se presentaron a la terrible escena: los cuerpos de los sacerdotes, sus cráneos destrozados y los restos esparcidos, la madre y su joven hija también.

Estaba allí María Julia, frente a los cuerpos sin vida de sus maestros y amigos más cercanos. El dolor fue inmenso: “Sentí —me dijo— como si todo ennegreciera, como si estuviera cayendo hacia atrás en un pozo profundo”. Creyó que se derrumbaría. De pronto, la voz firme de monseñor Rivera: “¡María Julia! ¡Tienes que investigar!”. Me dijo que esa orden la regresó de pronto a la realidad y, repentinamente, se llenó de una gran energía.

María Julia inició entonces uno de sus más intensos procesos de trabajo. Investigó, entrevistó, fotografió, realizó gestiones, protegió personalmente a testigos y enfrentó autoridades que trataban de manipular las investigaciones oficiales.

Los detalles de esos intensos días afloraban uno tras otro en su conversación. Entre ellos, recuerdo sus esfuerzos por proteger a doña Lucía Barrera, una importante

David Morales

testigo, quien observó a los militares en el operativo de exterminio. María Julia se enfrentó verbalmente con el entonces fiscal general, Mauricio Colorado, quien fue uno de los más prepotentes y poderosos funcionarios de la época al servicio de encubrir a los criminales.

María Julia, en el "*Caso de los jesuitas*", incluso realizó investigaciones sobre armamentos con el fin de llegar a una mejor comprensión de la escena del crimen. Una de sus preocupaciones era el análisis de diversos objetos, prácticamente derretidos en determinadas partes, pero también parcialmente intactos en otras, cuyo daño no había sido ocasionado por el fuego. Llegó a establecer que existía un arma de tecnología avanzada, la cual en forma de *spray* lanzaba químicos atroces como el fósforo blanco. Quizá el Batallón Atlacatl había sido provisto de este tipo de armas para entonces.

María Julia era experta fotógrafa. Las terribles fotos de la escena del crimen y de los cuerpos de las víctimas, en el caso de los jesuitas, revelan la capacidad de una mujer que, para ese entonces, era muy conocedora de la criminología y de la investigación forense.

Durante esas semanas, María Julia pareció curarse de una coraza que le impidió colocarse en el plano de alguien que sostuvo una íntima relación personal con las víctimas y desplegó un intenso trabajo con riguroso profesionalismo. Recordemos que María Julia también era víctima de esa masacre; no era solo amiga entrañable de los asesinados, sino integrante de la comunidad religiosa y académica a la que estos pertenecían.

Cuando finalizó su informe sobre el caso de los jesuitas, entregó los resultados a monseñor Rivera y se fue a descansar por primera vez en dos semanas. Solo en su habitación, durante la noche, de pronto estalló en llanto. Lloró durante horas, me dijo, también por primera vez desde los asesinatos de la UCA. Lloró por sus maestros y amigos. Lloró por la Iglesia y la persecución. Lloró por el pueblo martirizado que perdía a cientos de sus mejores hijos en la vorágine de la violencia.

El informe de Tutela Legal del Arzobispado sobre la masacre de la UCA se hizo público por monseñor Arturo Rivera en su homilía dominical. Fue histórico. El propio arzobispo denunciaba la responsabilidad de la Fuerza Armada en el crimen. El país y el mundo fueron impactados por

la noticia y la sangre derramada; paradójicamente, también daría un aporte fundamental para obligar a las fuerzas en guerra a iniciar un nuevo proceso de paz que llegaría definitivamente, en 1992, a silenciar las armas.

Todavía en la actualidad, el padre José María Tojeira, rector de la UCA, recuerda con agradecimiento y cariño especial a María Julia. La recuerda yendo y viniendo, sola en su vehículo, investigando el caso durante aquellos días en medio de las balas que rugían por toda la ciudad.

Ahora, más que nunca, me reprochó no haber hecho notas inmediatamente, después de estas conversaciones con María Julia, sobre los acontecimientos históricos de los cuales fue protagonista.

No lo hice en aquel momento porque pensé que debía ser un esfuerzo más en serio y propuse al equipo de Tutela Legal que tomáramos algunas horas a la semana para entrevistar a María Julia y recuperar su memoria histórica. María Julia accedió a la propuesta, pero llegado el momento, cada semana, nunca tuvo tiempo. Aun 15 años después de la guerra, María Julia seguía en permanente actividad de urgencia, atendiendo a las víctimas de las violaciones a los derechos humanos en El Salvador. No es para menos: aunque en ausencia de conflicto armado, el país se sigue desangrando y la impunidad reina vilmente.

Debemos tener presente que la lucha de María Julia por la dignidad humana no se limitó a la tragedia de la guerra civil. En la actualidad, la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado es la más confiable fuente sobre ejecuciones extrajudiciales en El Salvador, algunas de ellas aún producto de la violencia política. Ese esfuerzo es un legado de María Julia.

---

No son pocas las personas que aseguran que María Julia les salvó la vida, pues las localizó cuando se encontraban detenidas y abogó por ellas, superando el riesgo inminente de que esas víctimas fueran desaparecidas y asesinadas.

---

Después de la guerra también luchó férreamente contra la impunidad. Fue protagonista de la demanda de



María Julia, nuestra defensora de siempre

inconstitucionalidad de la amnistía de 1993. La demanda fue promovida por el Comité Pro Memoria (del cual forma parte Tutela Legal) y que con la participación del joven abogado Carlos Urquilla logró, en el año 2000, la declaratoria referida a que esta no es aplicable a violaciones a los derechos humanos.

María Julia fue una dirigente del movimiento por la memoria histórica y pionera en la erección del monumento a las víctimas civiles del conflicto armado, que es el de mayor dimensión que hoy conocemos en El Salvador. Impulsó ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos el caso del magnicidio de monseñor Oscar Romero.

tendenciosos sobre el caso de monseñor Romero, con el fin de desinformar a la población sobre la identidad de los responsables, plenamente identificados en diversas investigaciones internacionales. La recuerdo en su casa, debilitada por la convalecencia, pero cobrando una energía repentina para exclamar: "¡Yo acuso a Roberto d'Aubuisson del crimen!" (d'Aubuisson fue un ex oficial de inteligencia, fundador de un poderoso partido político en El Salvador y autor intelectual del asesinato de monseñor Romero). Aun en esas circunstancias de salud, María Julia repitió esa acusación directa ante la prensa internacional.

La emoción es inevitable cuando recuerdo la última vez que hablé con María Julia en el hospital, en marzo de 2008. Recién habíamos enterrado a otra extraordinaria mujer, también su amiga entrañable: Rufina Amaya, la única sobreviviente del "llano" en El Mozote. María Julia no pudo asistir a las exequias porque justo debió hospitalizarse horas antes que Rufina sufriera el primer infarto. María Julia me pidió que le narrara los detalles del entierro de Rufina. Yo hice énfasis en los gestos hermosos de amor popular que se habían producido.

En mi caso, por primera vez en los 17 años de conocer a María Julia, observé que los ojos de esta valiente y fuerte mujer se llenaban de lágrimas. Me despedí.

—Doctora, la esperamos en la oficina, la queremos mucho...

—Gracias, David, también yo los quiero mucho, ustedes (el equipo de Tutela Legal) son como mi familia aquí en El Salvador (los familiares de María Julia residen fuera del país).

Conmovido, me dirigí al automóvil. Una extraña sensación inevitable me hacía pensar que no volveríamos a conversar de nuevo.

María Julia es el símbolo de la defensa de la verdad para nosotros. En 2006, luego de un quebranto de salud que anunciaba su mortal crisis del año posterior, medios de prensa salvadoreños lanzaron reportajes



**El informe de Tutela Legal del Arzobispado sobre la masacre de la UCA se hizo público por monseñor Arturo Rivera en su homilía dominical. Fue histórico. El propio arzobispo denunciaba la responsabilidad de la Fuerza Armada en el crimen. El país y el mundo fueron impactados por la noticia y la sangre derramada; paradójicamente, también daría un aporte fundamental para obligar a las fuerzas en guerra a iniciar un nuevo proceso de paz que llegaría, definitivamente, en 1992, a silenciar las armas.**

HISTORIAS  
DE AMÉRICA

116 | REVISTA CEJIL Debates sobre Derechos Humanos y el Sistema Interamericano

David Morales

## ANEXO 1: DISCURSO EN LA HOMILÍA DEL 23 DE MARZO 1980

Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles: hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre debe prevalecer la ley de Dios que dice "No matar". Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día mas tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios; Cese la represión.

23 marzo 1980/VIII 382<sup>1</sup>

## ANEXO 2: BIOGRAFÍA DE OSCAR ARNULFO ROMERO Y GALDÁMEZ

Arzobispo salvadoreño nacido en Ciudad Barrios en 1915, asesinado en San Salvador en 1980. Formado en Roma, inició su carrera eclesiástica como párroco pastoral. En 1970 fue nombrado obispo auxiliar de El Salvador y en 1974, obispo de Santiago de María. En esta sede se aproximó a la difícil situación política de su país, donde desde hacía décadas gobernaba el Ejército. Se implicó de lleno en la cuestión una vez nombrado arzobispo de El Salvador en 1977. Sus denuncias de la violencia militar y revolucionaria, que llegaba hasta el asesinato de sacerdotes, le dieron prestigio internacional.

Era hijo de Santos Romero y Guadalupe Galdámez, ambos mestizos; su padre fue de profesión telegrafista. Estudió primero con los claretianos e ingresó muy joven en el Seminario Menor de San Miguel. De allí pasó, en 1937, al colegio Pío Latino Americano de Roma, en que se formó con jesuitas. En Roma, aunque no llegó a licenciarse en Teología, se ordenó sacerdote (1942). De regreso a El Salvador fue nombrado párroco del pequeño lugar de Anamorós (departamento de La Unión), y luego párroco de la iglesia de Santo Domingo y encargado de la iglesia de San Francisco (Diócesis de San Miguel). Trabajador y tradicionalista, solía dedicarse a atender a niños pobres y huérfanos. En 1967 fue nombrado secretario de la Conferencia Episcopal de El Salvador (CEDES), estableciendo su despacho en el seminario de San José de la Montaña. Tres años después, el papa Pablo VI lo ordenó obispo auxiliar de El Salvador.

A pesar de los fracasos, gozaba del apoyo del nuncio apostólico de Roma y fue nombrado obispo de Santiago de María en 1974. De gran dedicación pastoral, promovió asociaciones y movimientos espirituales, predicaba todos los domingos en la catedral y visitaba a los campesinos más pobres. Así, cuando el 8 de febrero de 1977 fue designado arzobispo de El Salvador, las expulsiones y muertes de sacerdotes y laicos (en especial la del sacerdote Rutilio Grande) lo convencieron de la iniquidad del gobierno militar del coronel Arturo Armando Molina. Monseñor Romero pidió al Presidente una investigación, excomulgó a los culpables, celebró una misa única el 20 de marzo y decidió no acudir a ninguna reunión con el Gobierno hasta que no se aclarara el asesinato<sup>2</sup>.

1 Última homilía en catedral el día 23 de marzo de 1980 de palabras de Monseñor Romero. Localizado en sitio electrónico: <http://members.tripod.com/~pais/hml.htm>.

2 Biografía y vida de Oscar Arnulfo Romero, información encontrada en el sitio electrónico [http://www.biografiasyvidas.com/biografia/r/romero\\_oscar.htm](http://www.biografiasyvidas.com/biografia/r/romero_oscar.htm)



## ANEXO 3: UN JUEVES 16 DE NOVIEMBRE DE 1989

...Era la madrugada del 16 de noviembre de 1989, el único ruido que se escuchaba en San Salvador eran los gritos, tanto de efectivos del ejército como de la guerrilla y las detonaciones características de una ofensiva militar, acción en la cual perdieron la vida muchas personas inocentes, tal vez por estar en el momento y lugar equivocado o tal vez únicamente por decir la verdad y seguir sus ideales. Tal es el caso de los seis sacerdotes jesuitas, quienes fueron una elite de hombres pensantes y principalmente muy cristianos. El concepto ideológico era que todos eran subversivos y comunistas. Según las investigaciones, los sujetos armados que ingresaron al campus de la universidad estaban vestidos con uniformes del Batallón Atlacatl (grupo militar elite de las fuerzas armadas del país). Ellos ordenaron a cinco de los religiosos salir de sus habitaciones y acostarse boca abajo en el llamado Jardín de las Rosas. Allí procedieron a consumar el crimen, el sexto jesuita fue asesinado en uno de los pasillos y las mujeres en sus respectivas habitaciones. Doce años después el caso ha quedado en una total impunidad. "Nuestro proceso de paz no pudo superar las causas del conflicto, sí detuvo la guerra, detuvo las armas, no hay más enfrentamientos tipo operativos militares como los teníamos, pero las causas del conflicto se han profundizado en lugar de haberse superado". Hace tiempo fue monseñor Oscar Arnulfo Romero, nueve años después los jesuitas, el pecado cometido de decir la verdad. El Supremo Creador perdone a los autores materiales como intelectuales de estos actos porque es seguro que los mártires de la UCA ya los han perdonado<sup>3</sup>.

---

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Sitio electrónico: [http://www.biografiasyvidas.com/biografia/r/romero\\_oscar.htm](http://www.biografiasyvidas.com/biografia/r/romero_oscar.htm)

Figueroa, Carlos Alberto. A doce años del asesinato de los sacerdotes jesuitas. Localizado en el sitio electrónico <http://www.analitica.com/va/hispanica/1060078.asp>.

Sitio electrónico <http://members.tripod.com/~pais/hml.htm>.

---

3 Figueroa, Carlos Alberto. A doce años del asesinato de los sacerdotes jesuitas. Localizado en el sitio electrónico <http://www.analitica.com/va/hispanica/1060078.asp>.